

1987 junio

Serie

La hegemonía socialista en la Comunidad Valenciana.

El PSPV-PSOE. 1982-1995



Apertura del congreso. De I a D: Joan Fuster, el presidente del Consell Valencià de Cultura Juan Gil Albert, el ministro de Educación y Ciencia y diputado por Valencia José M. Maravall, el presidente del Congreso Octavio Paz, el conseller Ciprià Císcar y Stephen Spender

El Congreso Internacional de Intelectuales y Artista.

Valencia, junio 1987

Benito Sanz Díaz





La hegemonía socialista en la Comunidad Valenciana. El PSPV-PSOE. 1982-1995

Otras publicaciones del autor relacionadas con *La hegemonía socialista en la Comunidad Valenciana. El PSPV-PSOE. 1982-1995*



Los socialistas en el País Valenciano (1939-1978). Descargar en <http://roderic.uv.es/handle/10550/29051>

Sociología y política del socialismo valenciano: 1939-1989. Descargar en <http://roderic.uv.es/handle/105.50/29049>

La construcción política de la Comunitat Valenciana: 1960-1982. Sanz/Felip. Descargar en <http://roderic.uv.es/handle/10550/29162>

La creación de la Generalitat Valenciana. L'etapa socialista (1983-1995). Fes un tast del llibre en:

<http://www.alfonselmagnanim.net/?q=val/Llibres/la-creació-de-la-generalitatvalenciana-letapa-socialista-1983-1995>

Otras publicaciones descargar en Roderic: <http://roderic.uv.es/themes/UVRoderic/pers/H2232.html>

La serie "*La hegemonía socialista en la Comunidad Valenciana. El PSPV-PSOE. 1982-1995*" se edita para su difusión académica en la Universidad de Valencia, como documentación de apoyo a las materias de Ciencias Políticas y de la Administración, Derecho, Sociología e Historia, etc., así como estudiantes e investigadores interesados de otras universidades. La serie se edita por orden cronológico, figurando inicialmente el año/mes, seguido del título.

En algunos capítulos de la serie puede incluirse, aparte, lo que denomino: "*Publicaciones, materiales y documentos*", que son papeles de distinto tipo (libros, ponencias de congresos, actas, prensa y revistas de la época y otros documentos), con el fin de que los investigadores e interesados en esta historia de la Comunidad Valenciana y del socialismo (PSOE y PSPV-PSOE) puedan acceder directamente a estos documentos dispersos en archivos del PSOE, Fundaciones socialistas, bibliotecas y centros de documentación, etc. Parte de ellos solo se encuentran en archivos socialistas de partido, o archivos particulares. Gran parte de esta documentación la he ido recogiendo, archivando y digitalizando como militante socialista para utilizarla como material para libros que he ido publicando, y que quiero que sean accesibles y útiles a otros investigadores, a través de la biblioteca digital **Roderic** de la **Universitat de València**, en la que he impartido clases como profesor asociado a lo largo de más de dos décadas.

Benito Sanz Díaz (Cuenca, 1949). Licenciado en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales (1975) y Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Valencia (1980). Diplomado en *Dirección de Empresas* por el Instituto Agronómico Mediterráneo (CIHEAM, Zaragoza, 1976), en *Develòppement Agrícola et Rural* en el Centre International de Hautes Études Agronomiques Méditerranéennes. CIHEAM. Montpellier, (Francia, 1977), y en *Función Gerencial en las Administraciones Locales*, por el ESADE (Barcelona, 1990). Técnico de Administración Especial-Economista en la Diputación de Valencia (1980-2014). Director General en la Presidencia de la Generalidad Valenciana (1982-1985); director del Gabinete de la Presidencia de las Cortes Valencianas (1985-1988); jefe del Gabinete del Conseller de Cultura, Educación y Ciencia (1988-1989). Coordinador Nacional de Formación del PSPV-PSOE (1988-94). Elegido presidente de la Comisión Federal de Garantías del PSOE en el 34 Congreso Federal (1997-1999).

Ha sido profesor asociado de Historia Económica Mundial y de España (1992-1995), de Dirección de Empresas (1995-2001) en la Facultad de Economía, y de Ciencia Política y de la Administración en el departamento de Derecho Constitucional, Ciencia Política y de la Administración en la Universitat de València hasta 2014. Docente en la Escuela Técnica de Seguridad, Defensa y Apoyo (ETESDA) del Ejército del Aire del Ministerio de Defensa, del que ha sido Alférez RV. Actualmente es profesor investigador del Grupo de Geoestratégica para la Paz, la Seguridad y la Defensa en el Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Valencia.

Autor, entre otros, de *Los Socialistas en el País Valenciano. 1939-1978* (IVEI, 1988); *Sociología y Política del Socialismo Valenciano. 1939-1989*, (IVEI, 1990); *L'Oposició universitària al franquisme. València. 1939-1975* (DISE-Universitat de València, 1996). Finalista de los premios octubre de 1994, con *Tradicó i modernitat del valencianisme. 1939-1983*, del que es coautor, editado por 3i4 (1996); coautor de *Política y políticos valencianos. Del tardofranquismo al Estatuto de Autonomía. 1975-1982* (2002); *Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia. 1939-1975* (CCOO. PV-FEIS-Albatros, 2002); *Villamalea. 1875-1977. Historia de un pueblo de Castilla-La Mancha* (2003); coautor de *La construcción política de la Comunitat Valenciana. 1962-1982* (Institució Alfons el Magnànim de València, 2006), *Elecciones primarias en España. 1993-2015* (Universitat de València, 2015). *La creación de la Generalitat Valenciana. L'etapa socialista (1983-1995)*. (Institució Alfons el Magnànim de València, 2019).

Prof. Dr. Benito Sanz Díaz

benito.sanz@uv.es

Edición digital para investigadores y estudiantes. Universidad de Valencia / Roderic

Libre reproducción por cualquier medio, citando la obra.

© del texto: el autor. 1ª Edición digital Roderic. Universitat de València. 2014, actualizada 2019

El Congreso Internacional de Intelectuales y Artista. Valencia, junio 1987

Ciprià Císcar, como conseller de Cultura, Educación y Ciencia, daría soporte institucional a la conmemoración de un congreso histórico celebrado cincuenta años antes en Valencia en 1937, el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en plena Guerra Civil española, siendo Valencia capital de la II República, tras alejarse de la primera línea de fuego que era Madrid. Durante varios meses una comisión de intelectuales organizaría lo que iba a ser el Congreso Internacional de Intelectuales de 1987. Los comisionados eran figuras históricas e intelectuales, como Ricardo Muñoz Suay, dirigente de la FUE en la II República, al que Císcar había encargado la creación de la Filmoteca valenciana; Jorge Semprún, dirigente del PCE, que formó parte de la resistencia en Francia y fue deportado al campo de concentración de Buchenwald, y que después sería ministro de Cultura en el Gobierno de Felipe González; el filósofo Fernando Savater; y escritores e intelectuales como Joan Fuster, Juan Cueto, Manuel Vázquez Montalbán y Juan Goytisolo. El enfoque del contenido sería diferente al de 1937, y en 1987 se abordarían temas más actuales, como era el compromiso de los intelectuales con el mundo actual.



Comisión organizadora del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas: De I a D: Manuel Vázquez Montalbán, Juan Goytisolo, Juan Cueto, Emilio Soler (DG de Cultura), Ciprià Císcar, Joan Fuster, Jorge Semprún, Fernando Savater, el organizador del congreso Ricardo Muñoz Suay, y Tomas Llorens.

El 15 de junio de 1987, cincuenta años después, en Palau de la Música de Valencia, tres poetas inauguraban el Congreso de Intelectuales: el poeta inglés Stephen Spender, el valenciano Juan Gil-Albert y Octavio Paz. *El País* recogía en su crónica: "El encuentro de hace 50 años, en el que la República recogió la solidaridad de los pueblos "a través de sus voces más autorizadas", supuso una victoria de la razón, que por entonces se encontraba "cada vez más lejana", dijo ayer el alcalde de Valencia, Ricard Pérez Casado en la sesión inaugural. "El germen de la discordia aguarda en cada alacena dispuesto a invadimos", añadió. "Hemos de presentarle batalla con la cultura. Hoy, como entonces, cultura es libertad". (16 de junio de 1987).

Al congreso asistirían, junto a los organizadores, intelectuales como Cornelius Castoriadis, el filósofo José Ferrater Mora, Mario Vargas Llosa, Fernando Claudín, Norberto Bobbio, Giovanni Levi, Jorge Edward, José Caballero Bonald, Guillermo Cabrera Infante, o Daniel Cohn-Bendit, dirigente de mayo de 1968 en París.

El congreso se clausuraba el 20 de junio. Manuel Muños escribía en *El País* sobre la intervención de Octavio Paz en la clausura: "Este congreso", dijo, "no ha sido un reflejo del de 1937... mientras aquel congreso, al que él asistió, tenía enfrente la guerra y la amenaza próxima del fascismo, ahora hay otras amenazas que se ciernen, como la posibilidad de que peligre la integridad del planeta por un posible conflicto nuclear, y la destrucción del medio ambiente". "Paz tuvo un recuerdo para algunos de los congresistas de 1937 fallecidos, como André Malraux, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Luis Cernuda, y para referirse al "escéptico y apasionado" Antonio Machado, que escogió "el camino de la tolerancia verdadera y de la verdadera libertad". (21 de junio de 1987).



Apertura del congreso. De I a D: Joan Fuster, el presidente del Consell Valencià de Cultura Juan Gil Albert, el ministro de Educación y Ciencia y diputado por Valencia José M. Maravall, el presidente del Congreso Octavio Paz, el conseller Ciprià Císcar y Stephen Spender



En la primera fila, de I a D: Mario Vargas Llosa, Ricardo Muñoz Suay, la directora de cine Pilar Miró, Juan Goytisolo, Fernando Savater y Manuel Vázquez Montalbán. Detrás, entre otros, el presidente de la Diputación Antoni Asunción



Joan Fuster, Ciprià Císcar, Vicent Garcés y José María Castellet



Intervención de Daniel Cohn-Bendit, uno de los líderes de mayo de 1968 en París



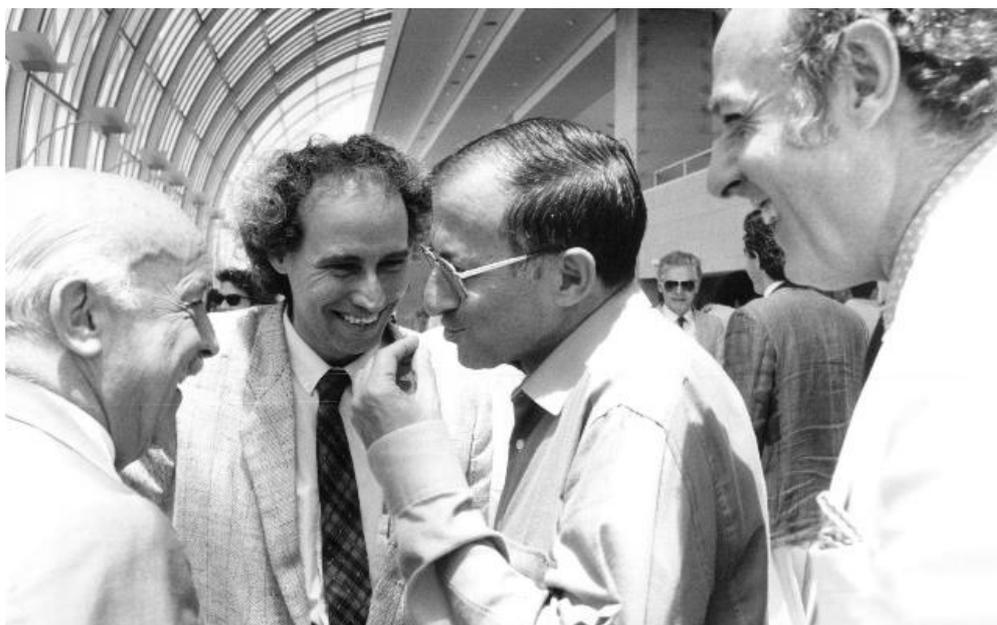
El presidente del Congreso Octavio Paz y Jorge Semprún con el conseller Ciprià Císcar



Carmen Alborch, Joan Fuster, Ricardo Muñoz Suay y Ciprià Císcar



Vicente Andrés Estellés, Juan Gil-Albert, Ciprià Císcar y Salvador Clotas. // Josep Renau, Vicente Andrés Estellés y Ciprià Císcar



Muñoz Suay, Císcar, y Juan Goytisolo



Gil-Albert, Císcar, Octavio Paz y Stephen Spender

Fotos: Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia /A. Castillo.

La Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia editó las actas del Congreso internacional de intelectuales y artistas (Valencia 1987) en 4 volúmenes. Joan Álvarez Valencia (recopilador) Editorial: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, Valencia, 1989

Nieves López-Menchero fue Coordinadora del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas

Dossier de prensa

DISCURSO DE APERTURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE INTELLECTUALES Y ARTISTAS



Octavio Paz, durante su discurso de ayer en Valencia.

JORDI VICENT

"Ganaron la guerra la democracia y la monarquía constitucional"

OCTAVIO PAZ

Hace 50 años, el 4 de julio de 1937, en esta ciudad de Valencia —para la que parece haber sido escrita la línea de Apollinaire: "bello fruto de la luz"— inicié sus trabajos el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. La guerra civil que desgarraba los campos y las ciudades de España se había convertido en guerra mundial de las conciencias. En el congreso que hoy recordamos participaron escritores venidos de los cuatro puntos cardinales. Muchos eran notables, y algunos verdaderamente grandes; dos fueron mis maestros en el arte de la poesía; otros fueron mis amigos, y todos, en esos días encendidos, mis camaradas. Compartí con ellos esperanzas y convicciones, engaños y quimeras. Estábamos unidos por el sentimiento de la justicia ultrajada y la adhesión a los oprimidos. Fraternidad de la indignación pero también fraternidad de los enamorados de la violencia. La mayoría ha muerto. Al evocarlos, trazo el gesto que aparece en las estatuas de Harpócrates, en el que los antiguos veían el signo del silencio. Callar ante sus nombres no es olvidar sino recoger: momento de concentración interior durante el cual, sin palabras, conversamos con los desaparecidos y comulgamos con su memoria.

Examen de conciencia

Casi todos los sobrevivientes, dispersos en el mundo, a veces separados por ideas diferentes, hemos acudido al llamado que nos ha hecho el grupo de escritores españoles que ha organizado este congreso. No se nos ha invitado a una celebración; este acto perdería su sentido más vivo y hondo si no logramos que sea también un acto de reflexión y un examen de conciencia. La fecha que nos convoca es, simultáneamente, luminosa y sombría. Esos días del verano de 1937 dibujan en nuestras memorias una sucesión de figuras intensas, apasionadas y contradictorias, afirmaciones que se convierten en negaciones, heroísmo y crueldad, lucidez y obcecación, lealtad y perfidia, ansia de libertad y culto a un déspota, independencia de espíritu y clericalismo, todo resuelto en una interrogación. Sería presuntuoso pensar que podemos responder a esa pregunta. Es la misma que se hacen los hombres desde el comienzo de la historia, sin que nunca nadie haya podido contestarla del todo. Sin embargo, tenemos el deber de formularla con claridad y tratar de contestarla con valentía. No buscamos una respuesta total, definitiva: buscamos luces, vislumbres, indicios, sugerencias. Queremos comprender, y para comprender se requiere intrepidez y claridad de espíritu. Además, y esencialmente: piedad e ironía. Son las formas gemelas y supremas de la comprensión. La sonrisa no aprueba ni condena: simpatiza, participa; la piedad no es lástima ni conmiseración: es fraternidad.

La pregunta a que nos enfrentamos puede formularse de varias maneras. Una de ellas es la siguiente: ¿conmemoramos una victoria o una derrota? En otros términos, ¿quién ganó realmente la guerra? No es fácil que la respuesta que demos, cualquiera que sea, conquiste el asentimiento general. Sin embargo, algo podemos y debemos decir. En primer lugar: no ganaron la guerra

los agentes activos externos, es decir, Hitler, Mussolini, Stalin. Tampoco los pasivos: las democracias de Occidente que abandonaron a la República española y así precipitaron la II Guerra y su propia pérdida. ¿Ganaron la guerra Franco y sus partidarios? Aunque triunfaron en los campos de batalla, conquistaron el poder y rigieron a España durante muchos años, su victoria se ha transformado en derrota. La España de hoy no se reconoce en la que intentaron edificar Franco y sus partidarios; incluso puede decirse que es su negación. El Frente Popular, por su parte, no sólo perdió la guerra sino que muchas de sus ideas, concepciones y proyectos tienen hoy poca vigencia histórica. Entonces, ¿quién ganó? La respuesta es sorprendente: los verdaderos vencedores fueron otros. En 1937 dos instituciones parecían heridas de muerte, aniquiladas primero por la violencia ideológica de unos y otros, después por la fuerza bruta; las dos resucitaron y son hoy el fundamento de la vida política y social de los pueblos de España. Me refiero a la democracia y a la monarquía constitucional.

¿Quiénes entre nosotros, los escritores que nos reunimos en Valencia hace medio siglo, habrían podido adivinar cuál sería el régimen constitucional de España en 1987 y cuál sería su Gobierno? No debe extrañarnos esta ceguera: el porvenir es impenetrable para los hombres. Pero en todas las épocas hay unos cuantos clarividentes. Después de la II Guerra Mundial viví en París por una larga temporada. En 1946 conocí al líder socialista español Indalecio Prieto. Aunque lo había oído varias veces en España y en México, sólo hasta entonces tuve ocasión de hablar con él, a solas, en dos ocasiones. Prieto estaba en París, como muchos otros dirigentes desterrados, en espera de un cambio en la política internacional de las potencias democráticas que favoreciera a su causa. Yo trabajaba en la Embajada de México. Se me ocurrió que esa extraordinaria concentración de personalidades, pertenecientes a los distin-

tos partidos políticos enemigos de Franco, era propicia para tener una idea más clara de los proyectos de la oposición y de las distintas fuerzas que, en su interior, buscaban la supremacía. Conversé con varios dirigentes pero en sus palabras —cautas o apasionadas, inteligentes o retóricas— no encontré nada nuevo: sus ideas y posiciones eran las que todos conocíamos. No así Prieto. Durante dos horas —era prolijo y le gustaba remachar sus ideas— me expuso sus puntos de vista: el único régimen viable y civilizado para España era una monarquía constitucional con un primer ministro socialista. Las otras soluciones desembocaban, unas, en el caos civil, y otras en la prolongación de la dictadura reaccionaria. Su solución, en cambio, no sólo aseguraba el tránsito hacia un régimen democrático estable sino que abría las puertas a la reconciliación nacional.

Anteojeras ideológicas

En aquellos años la "democracia formal", como se decía entonces, me parecía una trampa; en cuanto a la monarquía: era una reliquia o una excentricidad británica. Las palabras de Prieto me abrieron los ojos y vislumbré realidades que me habían ocultado las anteojeras ideológicas. Hice un resumen de mi conversación con el líder socialista, agregué una imprudente sugerencia personal: tal vez el Gobierno de México debería orientar su política española en la dirección apuntada por Prieto, y presenté mi escrito a uno de mis superiores. Era un hombre inteligente aunque demasiado seguro de sus opiniones. Leyó mis páginas entre asombrado y divertido. Tras un momento de silencio me las devolvió murmurando: "curioso pero superfluo ejercicio literario".

La historia es un teatro fantástico: las derrotas se vuelven victorias; las victorias, derrotas; los fantasmas ganan batallas, los decretos del filósofo coronado son más despóticos y crueles que los caprichos del príncipe disoluto.

En el caso de la guerra civil española, la victoria de nuestros enemigos se volvió ceniza, pero muchas de nuestras ideas y proyectos se convirtieron en humo. Nuestra visión de la historia universal, quiero decir: la idea de una revolución de los oprimidos destinada a instaurar un régimen mundial de concordia entre los pueblos y de libertad e igualdad entre los hombres, fue quebrantada gravemente. La idea revolucionaria ha sufrido golpes mortales; los más duros y devastadores no han sido los de sus adversarios sino los de los revolucionarios mismos: allí donde han conquistado el poder han amordazado a los pueblos. No me extenderé sobre este tema: se ha convertido en un tópico de predicadores, evangelistas y nigromantes. En cambio, si deseo subrayar que el predicamento del congreso de 1937 no es esencialmente distinto al nuestro. Sobre esto vale la pena detenerse un momento.

Hoy como ayer, las circunstancias son cambiantes; las ideas, relativas; impura la realidad. Pero no podemos cerrar los ojos ante lo que ocurre: la amenaza de la llamarada atómica, las devastaciones del ámbito natural, el galope suicida de la demografía, las convulsiones de los pueblos empobrecidos de la periferia del mundo industrial, la guerra trahumante en los cinco continentes; las resurrecciones aquí y allá del despotismo, la proliferación de la violencia de los de arriba y los de abajo... Además, los estragos en las almas, la sequía de las fuentes de la solidaridad, la degradación del erotismo, la esterilidad de la imaginación. Nuestras conciencias son también el teatro de los conflictos y desastres de este fin de siglo. La realidad que vemos no está afuera sino adentro: estamos en ella y ella está en nosotros. Somos ella. Por eso no es posible desoir su llamado, y por esto la historia no es sólo el dominio de la contingencia y el accidente: es el lugar de la prueba. Es la piedra de toque.

La historia no es otra cosa que nuestro diario vivir con, fren-

te y entre nuestros semejantes. Vivir con nosotros mismos es convivir con los otros. Los poderes despóticos mutilan nuestro ser cada vez que suprimen nuestra dimensión política. No somos plenamente sino en los otros y con los otros: en la historia. Al mismo tiempo, vivir nada más en y para la historia no es vivir realmente. Aparte de nuestra vida íntima —que es intransferible y, me atrevo a decir, sagrada—, para que la historia se cumpla debe desplegarse en un dominio más allá de ella misma. La historia es sed de totalidad, hambre de más allá. Llamad como queráis a ese más allá: la historia acepta todos los nombres pero no retiene ninguno. Ésta es su paradoja mayor: sus absolutos son cambiantes, sus eternidades duran un parpadeo. No importa: sin ese más allá, el instante no es instante ni la historia es historia. Desde el principio vivimos en dos órdenes paralelos y separados por un precipicio: el aquí y el allá, la contingencia y la necesidad. O, como decían los escolásticos: el accidente y la sustancia.

En el pasado los dos órdenes estaban en perpetua comunicación. Las decisiones que pedía el ahora relativo se inspiraban en los principios y los preceptos de un más allá invulnerable a la erosión de la historia. El río del tiempo reflejaba la escritura del cielo. Una escritura de signos eternos, legibles para todos a pesar de la turbulencia de la corriente. La edad moderna sometió los signos a una operación radical. Los signos se desangraron y el sentido se dispersó: dejó de ser uno y se volvió plural. Ambigüedad, ambivalencia, multiplicidad de sentidos, todos válidos y contradictorios, todos temporales. El hombre descubrió que la eternidad era la máscara de la nada. Pero el desdén del más allá no anuló su necesidad. El hueco fue ocupado por otros sucedáneos y cada nuevo sistema se convirtió, transitoriamente, en un principio sustituyente, un fundamento. Las doctrinas más disímiles —incluso aquellas que explícitamente declararon ser no una filosofía sino un método— inspiraron y justificaron toda suerte de actos y decisiones temporales como si fuesen verdades intemporales.

Los dos órdenes subsisten, aunque uno de ellos, el principio rector, periódicamente sea destruido por un principio rival. Los puentes entre los dos órdenes se han vuelto apenas transitables; no sólo son demasiado frágiles sino que con frecuencia se derrumban. Ante la situación contemporánea podríamos exclamar como Baudelaire en *Rêve Parisien*: "¡Terrible novedad!". El lo dijo ante un paisaje geométrico en el que se habían desvanecido todas las formas vivas, incluso las del "vegetal irregular", mientras que para nosotros la novedad es terrible porque el paisaje histórico, el teatro de nuestros actos y pensamientos, se desmorona continuamente: no tiene fondo, no tiene fundamento. Estamos condenados a saltar de un orden a otro, y ese salto es siempre mortal. Estamos condenados a equivocarnos. Quisimos ser los hermanos de las víctimas y nos descubrimos cómplices de los verdugos, nuestras victorias se volvieron derrotas y nuestra gran derrota quizá es la semilla de una victoria que no verá jamás nuestros ojos. Nuestra condenación es la marca de la modernidad. Y más: es el estigma del inter-

Pasa a la página siguiente

50 AÑOS DESPUÉS

Viene de la página anterior

lectual moderno. Estigma en el doble sentido de la palabra: marca de santidad y marca de infamia.

Mientras reflexionaba sobre este enigma, que habría apasionado a Calderón y a Tirso de Molina, pues no es otro que el misterio de la libertad, recordé las páginas indignadas que dedica Schopenhauer a Dante y al canto XXXIII del infierno. Es el canto que describe el Cocito, el círculo noveno, donde penan los traidores. Es la parte más profunda del Averno, la región del hielo. Los traidores a la hospitalidad sufren un tormento atroz: el frío cristaliza sus lágrimas y así su pena misma les impide dar rienda suelta a su sufrimiento. Llorar es un alivio, y no poder llorar es una pena doble. Uno de los condenados le pide a Dante que limpie sus ojos; el poeta consiente a cambio de conocer su nombre y su historia. Una vez terminado su relato, el desdichado le dice: "Y ahora tiéndeme la mano y abre mis ojos". Pero Dante se niega: la moral, o, como él dice: la *coerestia*, le exige ser villano con el pecador. Schopenhauer no se contiene: "Dante no cumple con la palabra que ha dado porque le parece inadmisiblemente aliviar, así sea levemente, una pena impuesta por Dios... Ignoro si esas acciones son frecuentes en el cielo y si allá son consideradas meritorias: aquí en la tierra, a cualquiera que se porte así lo llamamos un truhán". Y agrega: "Esto demuestra qué difícil es fundar una ética en la voluntad de Dios: el bien se vuelve mal y el mal se vuelve bien en un cerrar de ojos". No se equivocaba Schopenhauer, pero una ética fundada en otros principios —por ejemplo: en los suyos— está expuesta a las mismas dificultades. La incongruencia nos acompaña como el gusano al fruto enfermo.

Principio inmune al cambio

Una y otra vez los filósofos han intentado descubrir un principio inmune al cambio. Creo que ninguno lo ha logrado. De otro modo lo sabríamos: sería incomprensible que un descubrimiento de esta magnitud no hubiese sido compartido por el resto de los hombres. Si las construcciones de la metafísica han probado ser no más sino menos sólidas que las revelaciones religiosas, ¿qué nos queda? Tal vez ese principio que es el origen de la edad moderna: la duda, la crítica, el examen. No sé si los filósofos encuentran pertinente mi respuesta, pero sospecho que por lo menos Montaigne no la desaprobaba enteramente. No pretendo convertir a la crítica en un principio inmutable y autosuficiente; al contrario, el primer objeto de la crítica debe ser la crítica misma. Añado, además, que el ejercicio de la crítica nos incluye a nosotros mismos. Aunque la crítica no es un principio autosuficiente como pretendían serlo los de la metafísica tradicional, su práctica tiene dos ventajas. La



De izquierda a derecha: Paul Nizan, Henri Barbusse y Tolstoi, durante el congreso de 1937.

primera: restablece la circulación entre los dos órdenes, pues examina cada uno de nuestros actos y los limpia de su fatal propensión a convertirse en absolutos o en deducciones de un principio absoluto. Una propensión casi siempre inadvertida por nosotros y que es la fuente principal de la iniquidad. La segunda: la crítica crea una distancia entre nosotros y nuestros actos; quiero decir: nos hace *vernos* y así nos convierte en otros —en *los otros*—. Insertar a los otros en nuestra perspectiva es trastornar radicalmente la relación tradicional: lo que cuenta ya no es la voluntad de Dios, sea justa o injusta, sino la súplica del condenado que nos pide abrir sus ojos. Dejamos de ser los servidores de un principio absoluto sin convertirnos en los cómplices de un cínico relativismo.

El congreso de 1937 fue un acto de solidaridad con unos hombres empeñados en una lucha mortal contra un enemigo mejor armado, y sostenido por poderes injustos y malignos. Unos hombres abandonados por aquellos que deberían haber sido sus aliados y defensores; las democracias de Occidente. El congreso estaba movido por una ola inmensa de generosidad y de auténtica fraternidad; entre los escritores participantes muchos eran combatientes, algunos habían sido heridos y otros morirían con las armas en la mano. Todo esto —el amor, la lealtad, el valor, el sacrificio— es inviolable, y en esto reside la grandeza moral del congreso. ¿Y su flaqueza? En la perversión del espíritu revolucionario. Olvidamos que la Revolución había nacido del pensamiento crítico; no vimos o no quisimos ver que ese pensamiento se había degradado en dogma y que por una transposición moral y política que fue también una regresión histórica, al amparo de las ideas revolucionarias se amordazaba a los opositores, se asesinaba a los revolu-

cionarios y a los disidentes, se restauraba el culto supersticioso a la letra de la doctrina y se lisonjaba de manera extravagante a un autócrata. Olvidamos a nuestros maestros, ignoramos a nuestros predecesores. Otras generaciones y otros hombres habían sostenido que el derecho a la crítica es el fundamento del espíritu revolucionario. En 1865, para defenderse de los ataques que había desatado su historia de la Revolución francesa, Edgard Quinet escribía estas palabras, que pueden aplicarse a nuestra actitud en 1937: "Se ha hecho la crítica del entendimiento y de la razón; ¿diréis que la hicieron los enemigos de la razón humana? Del mismo modo, si yo hago la crítica de la Revolución, señalando sus errores y sus limitaciones, ¿me acusaréis de ser un enemigo de la Revolución? Si el espíritu crítico hoy examina sin tapujos los dogmas religiosos y los evangelios, ¿no es sorprendente que se pretenda suprimir el examen de los dogmas revolucionarios y el del gran libro del terrorismo? En nombre de la Revolución se quiere extirpar el espíritu crítico. Tened cuidado: así acabaréis también con la Revolución".

Unos días antes de la apertura del congreso apareció en París un pequeño libro de André Gide, *Retosques a mi regreso de la URSS*. Era una reiteración y una justificación de un libro anterior en el que expresaba su sobresalto ante lo que había visto y oído en Rusia. Las críticas de Gide eran moderadas; más que críticas eran reconvenencias de un amigo. Pero Gide fue maltratado y vilipendiado en el congreso; incluso se le llamó "enemigo del pueblo español". Aunque muchos estábamos convencidos de la injusticia de aquellos ataques y admirábamos a Gide, callamos. Justificamos nuestro silencio con los mismos especiosos argumentos que denunciaba Quinet en 1865. Así contribuimos a la petrificación de

la Revolución. El caso de Gide no fue el único. Hubo otros ejemplos de independencia moral. En la memoria de todos ustedes están, sin duda, los nombres de George Orwell y de Simone Weil, que se atrevieron a denunciar, sin mengua de su lealtad, los horrores y los crímenes cometidos en la zona republicana. En el otro lado también fue admirable la reacción del católico Georges Bernanos, autor de un libro estremecedor: *Los grandes cementerios bajo la luna*; y más tarde, la del poeta falangista Dionisio Ridrejo.

En el congreso apenas si se discutieron los temas propiamente literarios. Era natural: la guerra estaba en todas partes. Pero hubo excepciones. Algunos creíamos en la libertad del arte, y nuestras opiniones nos enfrentaban a los partidarios del "realismo socialista". Hace unos días, al hojear el número que *Hora de España* dedicó al congreso, volví a leer la ponencia que presentó Arturo Serrano Pla, su autor principal, en nombre de un grupo de jóvenes escritores españoles. Ese texto fue para nosotros el punto de partida de una larga campaña en defensa de la libre marginación. Lo recuerdo ahora porque la libertad de expresión está en peligro siempre. La amenazan no sólo los Gobiernos totalitarios y las dictaduras militares sino también, en las democracias capitalistas, las fuerzas impersonales de la publicidad y el mercado. Someter las artes y la literatura a las leyes que rigen la circulación de mercancías es una forma de censura no menos nociva y bárbara que la censura ideológica. La tradición de nuestra literatura ha sido desde el siglo XVIII la tradición de la crítica, la disidencia y la ruptura; no necesitamos enumerar las sucesivas rebeliones artísticas, filosóficas y morales de los poetas y los escritores del romanticismo a nuestros días. El arte que ha sufrido más por el mercantilismo actual ha

sido la poesía, obligada a refugiarse en las catacumbas de la sociedad de consumo. Pero las otras formas literarias también han sido dañadas, especialmente la novela, objeto de una degradante especulación publicitaria. Ante esta situación es saludable recordar que nuestra literatura comenzó con un *no* a los poderes sociales. La negación y la crítica fundaron la edad moderna.

Los otros

Mis impresiones más profundas y duraderas de aquel verano de 1937 no nacieron del trato con los escritores ni de las discusiones con mis compañeros acerca de los temas literarios y políticos que nos desvelaban. Me conmovió el encuentro con España y con su pueblo; ver *con mis ojos* y tocar con mis manos los paisajes, los monumentos y las piedras que yo, desde la niñez, conocía por mis lecturas y por los relatos de mis abuelos; trabar amistad con los poetas españoles, sobre todo con aquellos que estaban cerca de la revista *Hora de España* —una amistad que no ha envejecido, aunque más de una vez haya sido rota por la muerte—; en fin y ante todo, el trato con los soldados, los campesinos, los obreros, los maestros de escuela, los periodistas, los muchachos y las muchachas, los viejos y las viejas. Con ellos y por ellos aprendí que la palabra fraternidad no es menos preciosa que la palabra libertad: es el pan de los hombres, el pan compartido. Esto que digo no es una figura literaria. Una noche tuve que refugiarme con unos amigos en una aldea vecina a Valencia mientras la aviación enemiga, detenida por las baterías antiáreas, descargaba sus bombas en la carretera. El campesino que nos dio albergue, al enterarse de que yo venía de México, un país que ayudaba a los republicanos, salió a su huerta a pesar del bombardeo, cortó un melón y con un pedazo de pan y un jarro de vino lo compartió con nosotros.

Podría relatar otros episodios, pero prefiero, para terminar, evocar un incidente que me marcó hondamente. En una ocasión visité con un pequeño grupo —Stephen Spender, aquí presente, lo recordará, pues era uno de nosotros— la Ciudad Universitaria de Madrid, que era parte del frente de guerra. Guiados por un oficial recorrimos aquellos edificios y salones que habían sido aulas y bibliotecas, transformados en trincheras y puestos militares. Al llegar a un amplio recinto, cubierto de sacos de arena, el oficial nos pidió con un gesto que guardásemos silencio. Oímos del otro lado del muro, claras y distintas, voces y risas. Pregunté en voz baja: ¿quiénes son? Son los *otros*, me dijo el oficial. Sus palabras me causaron estupor y después una pena inmensa. Había descubierto de pronto —y para siempre— que los enemigos también tienen voz humana.

VALENCIA

EL PALAU, CENTRO DEL MUNDO DE LA CULTURA



Ciscar, Pérez Casado y Vargas Llosa, en la inauguración del congreso.

JOSE ALEXANDRE

Octavio Paz, presidente del Congreso de Intelectuales

«Los vencedores de la guerra han sido la democracia y la monarquía»

TANIA DE LA TORRE

El Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas quedó ayer inaugurado en el Palau de la Música i Congressos de València. A la primera sesión de este encuentro, organizado por la Conselleria de Cultura y convocado para conmemorar el cincuentenario del II Congreso de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura, celebrado en 1937, acudieron más de 200 intelectuales procedentes de todo el mundo.

En este congreso, que se inicia bajo el lema «50 después», se tratarán varios aspectos de la cultura, poniendo especial énfasis en el papel que ocupan los escritores e intelectuales en el mundo actual.

Hacia las doce del mediodía de ayer, la sala A del Palau —donde se celebrarán las sesiones— presentaba un aspecto cosmopolita: cuarenta medios de comunicación procedentes de numerosos países se daban cita en este congreso para dar cuenta de las diferentes ponencias y mesas redondas, en las que participan los mejores escritores y los intelectuales de

primera línea a nivel mundial. Entre ellos se hallaban algunos supervivientes del congreso de 1939: Juan Gil-Albert (España), Octavio Paz (México), Stephen Spender (Reino Unido), etcétera.

En la mesa presidencial se encontraban el poeta Gil-Albert, los escritores Octavio Paz y Stephen Spender, el Presidente de la Generalitat, Joan Lleras, y el escritor Joan Fuster.

El alcalde de Valencia, Ricard Pérez Casado, recordó en su discurso de bienvenida a los que se quedaron «en el camino», y saludó a los que «resistieron y siguen entregándonos lo mejor de su vida y lo mejor de sus obras», añadiendo que «de la Valencia del 37 a la del 87, podemos decir que cultura es libertad. Lo demás es fascismo y negación de esa libertad».

El presidente del congreso, Octavio Paz, se preguntaba en su discurso: «¿Quiénes entre nosotros, los escritores que nos reunimos en Valencia hace medio siglo, habrían podido adivinar cuál sería el

régimen constitucional de España en 1987 y cuál sería su Gobierno? El mismo constataría a esta pregunta recordando una conversación con Indalecio Prieto, en que éste le dijo: «El único régimen viable y civilizado para España era una monarquía constitucional con un primer ministro socialista». La guerra la ganaron la democracia y la monarquía constitucional.

El escritor mexicano manifestó que «el congreso del 27 fue un acto de solidaridad con unos hombres empeñados en una lucha mortal contra un enemigo mejor armado y sostenido por poderes injustos y malignos».

Gil-Albert recordó a los compañeros que le arrebataron la guerra. «Todo lo que he vivido —dijo— se me renueva como una pesadilla».

El Presidente de la Generalitat, Joan Lleras, que cerró el acto, destacó el proyecto cultural de la Generalitat y manifestó que «el ejercicio de la libertad y de la crítica sólo es posible cuando se comparan los valores de la democracia».

Claveles rojos «cincuenta años después»

T. T.

● El Palau de la Música, sede del Congreso de Intelectuales y Artistas, vistió ayer sus mejores galas. Cientos de claveles rojos adornaban la mesa presidencial y la tarima, lo que sirvió para que más de una voz hiciera comentarios alusivos al color de las flores, no exentos de intención política.

● También rodaron numerosos comentarios sobre la ausencia del poeta Rafael Alberti.

● Octavio Paz hizo algunas afirmaciones tan profundas y curiosas como ésta: «La historia es un teatro fantástico. Las derrotas se vuelven victorias, las victorias derrotas y los fantasmas ganan batallas».

● La jornada estuvo repleta de anécdotas. Por ejemplo, a algunos técnicos de radio se les obligó a desplazarse a sus respectivas emisoras y volver con la fotografía pertinente de la credencial para decirles después: «Es igual, si tampoco hacía falta».

● Otra sobre la organización: más de un periodista, que llegó al Palau media hora antes de que comenzara la inauguración del congreso, se encontró sin carpeta de documentación. Como explicación obtuvo un «no se han terminado o no sabemos dónde están».

● El primer político en aparecer por el Palau fue el alcalde Pérez Casado. Mientras «hacía» tiempo, el alcalde aprovechó para hablar con Raimon. Este último, impecablemente vestido, guardó como nunca las relaciones públicas.

● Lleras, Burriel y Ciscar entraron juntos. Los fotógrafos, que andaban como locos, lo agradecieron. Vargas Llosa por un lado; Octavio Paz por otro, luego llegaba Gil-Albert, Stephen Spender, Pilar Miró acababa de entrar...

● Gil-Albert tuvo el discurso más humano a pesar de que se confundió repetidas veces en su lectura. El cauroso aplauso que recibió dejó caer más de una lágrima en la sala.

● Joan Fuster estuvo de lo más animado y se apartó con todo el mundo. Sin embargo, Juan Cuetos, que se colocó detrás de Pilar Miró y al lado de Antonio Asunción, se mantuvo en el mutismo más absoluto. Ni tan siquiera se le vio acercarse a la barra del bar, que frecuentó José Luis Cebrián.

Mario Vargas Llosa, un experto en Joanot Martorell

«Admiro a los escritores de Valencia»

T. DE LA TORRE

El escritor peruano Mario Vargas Llosa, que llegó ayer a Valencia para participar en el congreso, dijo que en esta ciudad se encontraban los autores que más admiraba de la literatura española; se mostró partidario de la libertad de los escritores para vincularse o no políticamente, y se congratuló de que este segundo encuentro se celebrase en un país libre y democrático.

—¿Qué impresión le ha causado este congreso?

—Me parece una iniciativa magnífica que hay que aplaudir desde todos los puntos de vista. Sobre todo porque este segundo congreso conmemora otro que tuvo una repercusión en todo el mundo y, particularmente, en el mundo de la lengua española.

El congreso de Valencia dejó huellas prácticamente en todos los países latinoamericanos. Por ejemplo,

para nosotros, los peruanos, fue algo muy importante porque, además, asistió la figura más grande de nuestra literatura, César Vallejo.

Pero también creo que es importante porque se reúne en un país que ha recuperado la legalidad, la democracia y la libertad.

—¿Qué referencia tiene usted de los escritores valencianos?

—Pues le diría que estoy muy orgulloso, porque creo haber sido, entre los escritores contemporáneos, uno de los primeros en haber escrito con gran entusiasmo sobre un autor valenciano que ahora es muy conocido en todo el mundo, pero que hace treinta años sólo lo conocían los profesores universitarios: Joanot Martorell, el autor de «Tirant lo Blanch». Descubrí esa novela y me pareció una obra maestra, me deslumbré con ese libro. Mi gran sorpresa al venir a España, cuando era estudiante, a

fin de los cincuenta, fue ver que muy pocos lectores tenían ese libro que a mí me parecía magnífico. Ahora las cosas han cambiado y hay muchas ediciones de bolsillo de «Tirant lo Blanch», pero cuando yo publiqué mi ensayo, sólo se encontraba en ambientes universitarios y académicos.

Me alegro mucho de venir a Valencia, porque además en esta tierra viven los autores que más admiro de la literatura española.

—¿Qué opina del compromiso político del escritor?

—El escritor tiene unas obligaciones de tipo moral, de participar en la vida cívica de su país ejerciendo la crítica y aportando ideas. Ahora bien, creo que el escritor debe ser libre de comprometerse o no con la política. En eso debe haber absoluta libertad para que pueda actuar de acuerdo con sus convicciones propias, con su idiosincrasia.



Mario Vargas Llosa.

JOSE ALEXANDRE

Las palabras del intelectual mexicano suscitaron airadas y dogmáticas reacciones

Octavio Paz inauguró el Congreso de Intelectuales con un discurso en defensa de la libertad y la crítica

"¿Quiénes entre nosotros, los escritores que nos reunimos en Valencia hace medio siglo, habrían podido adivinar cuál sería el régimen constitucional de España en 1987 y cuál sería su gobierno? No se extrañen esta ceguera: el porvenir es impenetrable para los hombres." Estas palabras de Octavio Paz, presidente del Congreso

de Intelectuales y Artistas, fue la gran aguijadura, suave formalmente y durísima conceptualmente, clavada en el centro del corazón ideológico de muchos participantes en estas jornadas. El congreso no había podido comenzar con mejor pie.

Octavio Paz, ante los informadores

"No me ha hecho cambiar el tiempo, sino la historia y Stalin"



Después de su discurso, la presencia de Octavio Paz ante los informadores, en la rueda de prensa que se celebró a primeras horas de la tarde, era aguardada lógicamente con la mayor expectación. Los informadores (representantes de medios españoles y extranjeros) se mostraron, en líneas generales, bastante agresivos con Paz, pese a la petición del poeta y ensayista de que fuéramos benévolo con él.

"Creo que ahora la importancia mayor se da en la vida universitaria y académica, antes que en la vida cultural propiamente dicha. No estoy seguro que eso sea lo ideal. Yo creo que la cultura al aire libre es más fecunda", dijo el autor de "El otro nigromante".

Ante la pregunta de si era cierto que Rafael Alberti no había venido al congreso a causa de que lo preside Octavio Paz, el escritor mexicano afirmó que no creía que su importancia fuese tanta. "Lo que usted sostiene es una versión oficiosa. Yo no creo en versiones oficiosas ni en versiones oficiales, sino en la palabra que dice la verdad. Y no sé cual es la palabra verdadera de Alberti."

Dijo también Paz que en esta época se dan formas de absolutismo mucho más insidiosas de lo conocidas hasta ahora: "Por ejemplo, el absolutismo de la técnica". Y añadió: "Se habla mucho de física y matemáticas, y muy poco de los cambios en la biología molecular."

Un informador, tirando con bala, le preguntó a Paz si su ideología no habría sufrido un cambio radical a causa del paso del tiempo. Finalmente, o no tanto, se le había llamado viejo y reaccionario. Paz respondió con firmeza: "No creo que mi cambio sea producto del tiempo, sino de la historia. Mis ideas han evolucionado no porque me haya hecho mayor, sino por la existencia de Stalin."

Sus palabras quedaron remachadas cuando se le preguntó sobre qué regímenes soportaban mejor la crítica, los de derecha o los de izquierda: "Depende de que izquierda sea; depende de los países. La izquierda que se comporta como tal, que es razonable y amante de la razón y la verdad, sabe que muchas veces tiene que rectificarse."

Para desempalagar de tanta política, tanta libertad y tanta historia, alguien le preguntó que cómo había encontrado a los valencianos y Valencia, física y psicológicamente: "No puedo decirlo porque apenas he tenido tiempo en esta nueva visita. Sí que puedo decir que, en 1937, Valencia me encantó, sobre todo la parte medieval de la ciudad."

R. M.



FOTOS MONZO

La discordia

Las palabras del alcalde sobre el germen de la discordia eran ciertas. Por ejemplo, se había producido dicho germen en la propia alacena del congreso. Muchos intelectuales marxistas estaban indignados. Ya hemos referido el amotinamiento en soledad de José Luis Pitarch. La delegación cubana estaba bastante enfadada, aunque con buenos modales y sin recurrir a los aspavientos.

Y es que las palabras ejercen a veces un efecto más duradero que las bombas. Al menos, las de Paz: "La idea revolucionaria ha sufrido golpes mortales; los más duros y devastadores no han sido los de sus adversarios, sino los de los revolucionarios mismos: allí donde han conquistado el poder, han amordazado a los pueblos. No me extenderé sobre este tema: se ha convertido en un tópico de predicadores, evangelistas y nigromantes (...). En el caso de la guerra civil, la victoria de nuestros enemigos se volvió ceniza, pero muchas de nuestras ideas y proyectos se convirtieron en humo."

Algunos intelectuales, artistas y militares no están dispuestos a discutir sobre lo expuesto por Octavio Paz. Su reacción primera y última es, por lo visto y oído, la de marcharse dando un portazo y profiriendo algún exabrupto. Conviene repetir en este punto lo dicho por el alcalde Pérez Casado: "Cultura es libertad, y lo otro, cualquiera que sea su ropaje, fascismo."

Pilar Miró: "La TV pública puede ser libre"

La directora de RTVE, Pilar Miró, ha indicado esta tarde en el Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas que se celebra en Valencia, que "rotundamente la televisión pública puede ser libre".

La directora de RTVE, Pilar Miró, intervino ayer tarde en la mesa redonda titulada "Las incógnitas de la información", en la que también han participado Enrique Bustamante, Juan Luis Cebrián, Bernard Cohen, Wlatter Heubrich, Miquel de Moragas, Giuseppe Richeri y Joan Alvaraz.

En su intervención la directora de RTVE se ha preguntado sobre la objetividad en la televisión. Ha dicho que "la objetividad ha sido siempre una duda que le ha hecho reflexionar siempre". "La defiende, pero cada vez menos me lo creo", comentó distendidamente.

Pilar Miró ha señalado que una información en televisión jamás podrá ser independiente y ha indicado que si le preguntan acerca de si la televisión pública puede ser libre, "yo digo que sí rotundamente".

El director del diario "El País", Juan Luis Cebrián, en su intervención ha definido que lo que caracteriza al intelectual es la voluntad de influir en la sociedad de su tiempo.

Juan Luis Cebrián ha indicado que el intelectual moderno es un comunicador capaz de informar con inmediatez sobre asuntos actuales.

Rafa Marí

- "La idea revolucionaria ha sufrido golpes mortales."
- "En la guerra civil la victoria de nuestros enemigos se volvió ceniza, pero muchas de nuestras ideas y proyectos se convirtieron en humo."

Palau de la Música vivió ayer día mucho más tranquilo que la noche del miércoles, noche de emociones. Posiblemente los deseos de estos días traen cuestiones más de fondo, más esenciales. No está en juego el poder trágico. Cincuenta años después del congreso por la democracia y la ira, celebrado en Valencia en 1937, se puede discutir sin miedo a las bombas. Y cuatro días después de las municipales y autonómicas, miedo a los votos. Queda en pie todo a los dogmas y el miedo a las dogmáticas.

Indalecio Prieto

Octavio Paz, el gran intelectual mexicano, siguió adelante con su discurso, encendiendo las pasiones sin ser consciente de ello que muchos califican al escritor (provocador): "El porvenir es impenetrable para los hombres. En todas las épocas hay unos rostros clarividentes. Después de la segunda guerra mundial vivirá por una larga temporada. En 1946 conocí al líder socialista español Indalecio Prieto (...). Yo estaba en la Embajada de Méxi-

Durante dos horas —era prolija y gustaba remachar sus ideas— me expuso sus puntos de vista: el único régimen viable y cívico para España era una monarquía constitucional con un primer ministro socialista. Las otras opciones desembocaban, unas,

en el caos civil, y otras en la prolongación de la dictadura reaccionaria".

Si en 1937 lo que caían eran bombas, ahora caían palabras. Palabras inadmisibles para más de uno. El militar represaliado José Luis Pitarch, al oír la profecía de Indalecio Prieto en labios de Octavio Paz, no pudo aguantar más: "Esto es insostenible. Yo me voy". Y levantándose con un coraje propio de un combatiente que desconoce la duda, se marchó al vestíbulo para no oír la palabra de Paz. En el vestíbulo quedó razonando su conducta durante largo rato, prolongando y debatiendo en solitario el discurso inaugural, un discurso abiertamente a favor de la libertad y la crítica.

Amplia representación

Si exceptuamos a Rafael Alberti, cuya ausencia se debía, según unos rumores, al hecho de que el congreso lo presidiese Octavio Paz, y según otros rumores a su enfado con la Consellería de Cultura por haberle censurado hace tiempo un cartel con la bandera republicana, el éxito de convocatoria del congreso ha sido notable, muy superior al de la mayoría de los celebrados en los últimos años en Valencia.

En la jornada inaugural estuvieron Mario Vargas Llosa, Manuel Vázquez Montalbán, Giorgio Grassi, Francisco Brines, Fernando Gamboa, Stephen Spender, Joan Fuster, Juan Luis Cebrián, Pilar Miró, Juan Gil Albert, Juan Goytisolo,

Jaime Siles, Simón Merchán, Jorge Semprún, Josep María Castelllet, Juan Cueto y una notable representación cubana, entre muchos otros artistas e intelectuales.

El acto de apertura estuvo presidido por Octavio Paz, Juan Gil Albert, Stephen Spender y Juan Fuster, como intelectuales, y por Joan Llerma como representante político y presidente de la Generalitat Valenciana. Siendo un Congreso de Intelectuales y Artistas, se notó a falta la presencia de algún artista plástico o músico, déficit que también se evidencia en la composición de las mesas redondas y de los ponentes (únicamente la discusión sobre "Del movimiento moderno al postmodernismo" padece un poco esta deficiencia, muy propia de gente de letras).

El alcalde, Ricard Pérez Casado, se dirigió a los congresistas con una reflexión sobre la cultura y la libertad. "El germen de la discordia guarda en cualquier alacena de cualquier rincón de Europa, y ante esos enemigos de la libertad debemos dar la batalla con la cultura. Podemos decir que cultura es libertad, y lo otro, cualquiera que sea su ropaje, fascismo." Stephen Spender, con un discurso en inglés, Juan Gil Albert, con palabras emocionadas, y el presidente Joan Llerma, que habló de la imposibilidad del debate "fuera de la vida de un país democrático", cerraron el acto inaugural.

50 AÑOS DESPUÉS

Los participantes en el II Congreso de Escritores Antifascistas, durante la guerra civil, lucharon por el derecho a expresarse en libertad, dijo el poeta inglés Stephen Spender, pero

luego muchos se alinearon con fuerzas políticas más o menos predecibles. Spender fue, junto con Octavio Paz y Juan Gil-Albert, uno de los tres poetas veteranos del con-

greso de la guerra que presidieron la inauguración ayer en Valencia del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas; en él, 200 participantes de todo el mundo han de

debatir esta semana el compromiso del intelectual en nuestro tiempo. Rafael Alberti excusó el viernes su asistencia por razones que no han quedado claras.

Tres poetas inauguran en Valencia el Congreso de Intelectuales

Octavio Paz y Stephen Spender subrayan la abundancia de 'expertos' frente a 'escritores'

PEDRO SORELA, Valencia
ENVIADO ESPECIAL

Stephen Spender subrayó que la convocatoria del congreso alude sobre todo al futuro, más que al pasado. ("La reflexión crítica sobre el pasado sólo cobra sentido si se abre al porvenir", dice la convocatoria). Spender subrayó que, a diferencia del encuentro del 37, cuando la mayor parte de los participantes eran poetas, en el actual se corre el riesgo de un exceso de expertos en los debates. Mencionó por ejemplo que, en la mesa redonda del miércoles 17, sobre modernidad y posmodernidad, está prevista sobre todo la asistencia de arquitectos. Spender reivindicó al intelectual al viejo estilo, que opina de su mundo, tipo Bertrand Russell, y ahorró su presencia.

En una rueda de prensa posterior, Octavio Paz dijo que esta superioridad numérica de sociólogos frente a poetas es un síntoma de nuestro tiempo, al igual que el hecho de que proliferan para reunirse, como en la Edad Media, la universidad al café. "Yo prefiero la calle", dijo.

La inclemencia

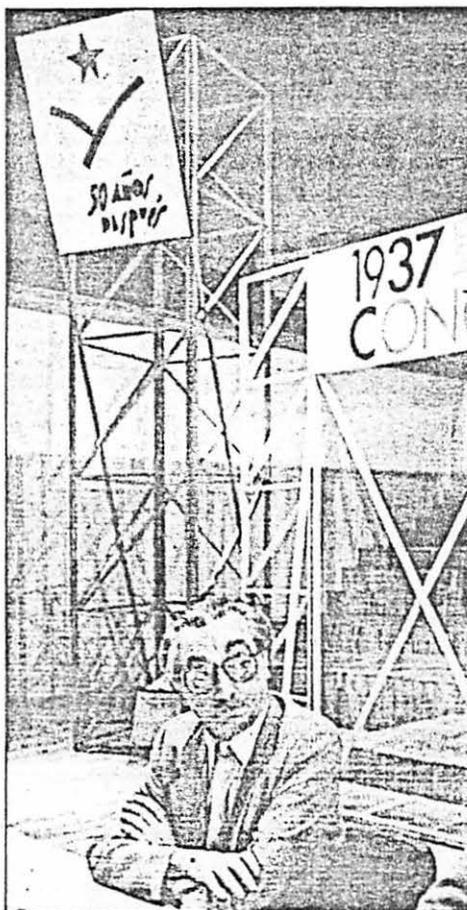
"Mi estancia aquí, hoy, me sobrepasa y me turba", dijo en la inauguración el poeta Juan Gil-Albert, también veterano del encuentro de 1937, aplaudido tras su discurso con un calor que no se debía sólo a sus palabras.

"La inclemencia de lo que he vivido se me remueve como una pesadilla", añadió Gil-Albert como prólogo a un texto en el que habló de la predestinación de la escritura; la vejez, que ha pasado de ser "una fase de la vida a una fatalidad totalizadora"; y la fragilidad del futuro debido a "la invención satánica de la bomba" y el consiguiente peligro nuclear. La amenaza de holocausto fue también contabilizada por Octavio Paz.

"Me parece lamentable que haya palabras *oficiosas* y palabras *oficiales*", dijo Paz en una rueda de prensa por la tarde, cuando se le preguntó su opinión sobre la supuesta negativa de algunos invitados —no confirmada oficialmente— a asistir al congreso a causa de la presencia destacada del poeta mexicano.

El encuentro de hace 50 años, en el que la República recogió la solidaridad de los pueblos "a través de sus voces más autorizadas", supuso una victoria de la razón, que por entonces se encontraba "cada vez más lejana", dijo ayer el alcalde en funciones de Valencia, Ricard Pérez Casado en la sesión inaugural. "El germen de la discordia aguarda en cada alacena dispuesto a invadirnos", añadió. "Hemos de presentarle batalla con la cultura. Hoy, como entonces, cultura es libertad".

Juan Lerma, presidente en funciones de la Generalitat Valenciana, organizadora del encuentro, indicó que no se ha pretendido sólo "conmemorar el más civil de los episodios de la guerra civil".



A la izquierda, el escritor valenciano Joan Fuster. Stephen Spender y su esposa conversan con Miguel Ángel Conejero (arriba), y Mario Vargas Llosa, junto a su mujer, con Juan Goytisolo.



El papel del intelectual frente al mercado

VICENTE VERDÚ, Valencia
ENVIADO ESPECIAL

La primera mesa redonda del congreso llevaba por título *Las incógnitas de la información* y sus seis componentes rondaron el tema del mercantilismo cultural, la pluralidad y la objetividad informativa.

Enrique Bustamante, profesor en la facultad de Ciencias de la Información de Madrid, y Juan Luis Cebrián, director de EL PAÍS, interpretaron el primer choque. Para Bustamante, a la época en la que se era muy sensible sobre el poder de manipulación de las conciencias por los medios de comunicación en poder del Estado, ha seguido este tiempo en que falta una conciencia crítica sobre esa misma manipulación de los medios de comunicación privada. En su opinión existe hoy una beatificación del mercado como lugar de la libertad y mejor equilibrio posible. Esgribiendo datos y encuestas, Bustamante buscó desmitificar la supuesta neutralidad tecnológica (la que llamó "ideología profesionalista") y alertó sobre otros males. Entre ellos, hizo hincapié en el crecimiento del "intelectual mediático", en-

tendiendo por tal aquél que se afirma en una materia no por la producción de "un gran libro meditado varios años", sino por su aparición más o menos frecuente en un medio audiovisual. Este personaje de discurso breve y simplificado sería el modelo del intelectual contemporáneo.

En esa misma línea, la creación tiende hoy a producir artículos destinados a una fácil y rápida comercialización. Para este analista, la producción intelectual obedece a un destino de mercancía, sin cumplimiento ideológico y abdicando de su eventual valor simbólico. Ocioso es decir que aunque Bustamante invitaba a investigar sobre este fenómeno, su posición crítica ("apocalíptica", diría Eco) era clara.

Frente a ella, pero en la retórica manera de hacerse preguntas en alta voz, Juan Luis Cebrián, decía dudar de que la preocupación por la manipulación de las conciencias, debiera desviar su atención de los medios controlados por el Estado. En su parecer, todavía esta forma de dirigir la información es la más inquietante y abusiva. En cuanto a las empresas privadas, lo importante, argüía el director de EL PAÍS,

no sería dilucidar si el mercado es bueno o malo; lo decisivo es que hoy el medio de comunicación desempeña el papel de "intelectual colectivo" y que un mensaje a través de él, fuera un concierto o un telefilme, será visto simultáneamente acaso por cientos de millones de personas. Efectivamente, seguía, el intelectual que quiera hacer llegar su mensaje a través de los *mass media* habrá de tener esto presente y condicionará el carácter de su producto.

¿Programas que se ven por cientos de millones o cientos de programas simultáneos que fragmentan los segmentos de audiencia? Miguel de Moragas, en nombre de la pluralidad y la democracia auténtica, propugnó una política de la comunicación que dé opción a todas las voces sociales, por minoritarias que sean. Cuando intervino Giuseppe Richeri, sin embargo, se puso de manifiesto el proceso de creación de opinión pública general frente a la creciente complejidad social y la proliferación de subsistemas. Refiriéndose al ejemplo italiano y abusivo. En cuanto a miles de canales, Richeri dibujaba el comportamiento de un espectador mino-

ritario que tras haber elegido su canal particular cuya visión no le permitiría sino relacionarse con un subgrupo reducido, saltaba durante la emisión y casi simultáneamente —mediante el mando a distancia— a ojear en media docena de canales. Lo que sin duda acaba afectando al saber del espectador, pero también a los productos que, en lo sucesivo, el intelectual o el artista concibían para la televisión.

Pilar Miró, directora general de Radiotelevisión Española, se manifestó interesada en reflexionar sobre la posible objetividad del medio televisivo. Un medio al que acabó calificando de inobjetivo tras emplear los ejemplos de Robert Redford y Luis Mariñas como locutores alternativos que tenían el atractivo de una misma información. Y dijo: "Me he llegado a aprender tan bien los argumentos para defender la objetividad de la televisión pública ante el Congreso de los Diputados, que cuanto mejor me salen menos me los creo". Igualmente escéptico sobre la objetividad de la información se manifestó el veterano corresponsal en España del *Frankfurter Allgemeine*, Walter Haubrich.

VALENCIA

Los historiadores «toman» el congreso internacional para hablar del totalitarismo

El estalinismo entra en el debate, y los intelectuales enseñan las uñas

LEVANTE

El debate «estrellas» de ayer, «Los intelectuales y la historia» se convirtió en una pura condena del estalinismo soviético. Aunque hubo para todos los gustos. Se intentó deslizar la polémica hacia los países sudamericanos. Vargas Llosa, aunque no participó en la mesa, estuvo en su línea, por lo demás muy conocida. «Es posible la democracia a la europea en Sudamérica. El proceso histórico que aquí se está debatiendo está pasando en este momento allí. Guatemala ya no es una dictadura, sino una democracia. En Sudamérica al estalinismo se le puede llamar ahora fidelismo». En la mesa redonda, moderada por Fernando Savater, estuvieron Peter Burke, Cornelius Castoriadis, Giovanni Levi y Fernando Claudin, que sustituyó a García Calvo.

Coincidieron los participantes en sus ataques al estalinismo y en esa postura comprometida que deben adoptar ante las injusticias. Igual condenaron los crímenes cometidos por el fascismo que por el estalinismo, «porque los dos sistemas no se pueden medir por igual».

Claudin afirmó que la falta de ayuda de las democracias europeas a la República fue la causa de que la Unión Soviética ocupara ese hueco. También dijo que tras las revoluciones cubana y china se había producido un desencanto por parte de las jóvenes generaciones. «Con la era Gorbachov algunos aspectos ocultos de la vida soviética están



La mesa redonda, moderada por Savater, en uno de los debates estrella.

salviendo a la luz, el poder asfixiante, las disidencias, etcétera».

Entre la ponencia de Castoriadis, filósofo griego, repleta de reflexiones sobre la historia, el historiador británico Peter Burke dibujó el papel de los intelectuales europeos desde el siglo XVII. «El valor del pasado está —dijo— en encontrar gente distinta, gente que nos ayude a pensar».

Ciencia y complejidad

En la mesa redonda de la tarde destacaron las palabras de Moles que reflexionó sobre «Ciencia y complejidad». Entró de lleno en el valor de los mitos «porque yo estoy de acuerdo con su existencia, lo que ocurre es que hay que desmenuarlos, catalogarlos, etc. Existen mitos para satisfacer

razones ocultas de la personalidad». El biofísico Atlan afirmó que «esperamos de los científicos que nos digan como se debe organizar la sociedad, desde el punto de vista intelectual y colectivo» y que «no se debe juntar la política y la ética a partir de la ciencia ya que puede dar resultados catastróficos. Pongo como ejemplo la genética nazi».

PASILLOS

El telegrama de Alberti

ALBERTI se niega a comentar su ausencia en el Congreso de Valencia. Ayer dijo que no tenía porque explicar los motivos de su actitud. «No tengo porque opinar». El poeta excusó su asistencia con un telegrama que decía: «Razones muy especiales me impiden asistir a este congreso. Saludos». Las malas lenguas insisten en explicar el corte de mangas por las escasas simpatías que siente hacia Octavio Paz. Claro que también podría ser por lo del famoso cartel del año pasado. Hasta que no habrá la boca, él sabrá.

● Manuel Vázquez Montalbán mantiene alucinados a los congresistas y demás intelectuales que se pasean todo el día por el Palau. Ha rebajado su panza y sus carnes hasta tal punto que alguien lo confundió ayer con el mismísimo Juan Goytisolo. ¡Y ya me dirán ustedes! Los muchos opinan que su novela «El balneario» funciona todavía a la perfección. Que dure...

● Lo que no ha durado mucho, por cierto, ha sido el cartel anunciador del Congreso, situado estratégicamente a las puertas del Palau. Se tuvo que retirar al minuto, con la participación de los bomberos. Los aires del Mediterráneo le jugaron una mala pasada.

● Los sofocos continúan en la cafetería. Son sofocos, que nadie se asuste, de puro calor. La cúpula acristalada convierte en una sauna el recinto. Los muchos científicos que acude al resguardo de una inexistente sombra ya lo han tratado de explicar. Es lo suyo. Xavier Rubert de Ventós, que es ¡mucho más filósofo! se apunta al plano de la cotidianidad y se toma una horchata. Igual a los interrogantes ontológicos les va bien eso de la horchata.

● Pilar Miró, el lunes, sólo concedía a quien se le aproximaba «menos de un minuto de entrevista». A la señora, como la llaman en los pasillos de televisión, le debe ir más Madrid que Valencia. O es que igual busca un congreso para ella solita. De todos modos estuvo eclipsada todo el día. No hay color entre los Vargas Llosa, Juan Cueto, Goytisolo, Octavio Paz, etcétera, etcétera y la señora. □

Juan Goytisolo: «No me gusta ser un congresista profesional»

J. C.

Juan Goytisolo prepara novela. O un texto narrativo, como dice él. Lo cierto es que llega de Turquía, «de Estambul», y no sabe si se va a los dulces calores de Marruecos o si se acercará antes hasta su casa de París. En todo caso acude al congreso «más por deber cultural que por gusto propio». Porque a él, la verdad, es que tantos congresos no le van. «Si tuviera que asistir a todos los que me invitan me convertiría en un congresista profesional y tampoco es eso. Aparcaría mis escritos, mi obra. Esta, sin embargo, tiene una significación especial para mí porque, en definitiva, se ha planteado como un motivo de reflexión histórica. Está presente

el que se celebró hace cincuenta años».

Goytisolo no entra en la polémica que han suscitado sus dos últimos libros «Coto vedado» y «En los reinos de Taifas». «De eso se ha hablado demasiado y éste no es el momento. Te puedo decir que ya no continúo por esa línea». El escritor confiesa no conocer el ambiente cultural valenciano, «ni a los escritores», aunque no es difícil esto, ya que «tampoco se quien está en Madrid escribiendo en este momento».

A Goytisolo, que lo ves siempre con un libro bajo el brazo, tímido y nervioso, sin parar de entrar y salir de la sala donde se celebra el congreso, no le ataña

lo más mínimo los truenos y centellas que han caído «sobre» las ausencias significativas, sobre la presidencia de Octavio Paz, sobre esas cosas. «Porque yo creo que se ha invitado a todo el mundo. Hasta existe una delegación cubana me han dicho. Y no se ha excluido a nadie. La célebre polémica esa yo no la veo por ninguna parte... Octavio Paz, como presidente o sin serlo, es una figura indiscutible. En la inauguración leyó un texto inteligente y muy hermoso».

—Y cómo van todos esos llos que usted mantiene con Cuba?

—Pues, la verdad, no sé. Hace algo así como veinte años, si quieres que te diga la verdad, que no me acerco por allí. □



Juan Goytisolo.